

cuarenta, la más sugestiva relectura de cierto existencialismo francés (Camus, Saint-Exupéry) en clave cristiana. Su libro diez años posterior *Eso que llaman Estado* agavilla esos textos todavía hoy sorprendentes por su lucidez pese a la proximidad inevitable de obras y autores. Por eso, la inaudita crisis que inauguró el Concilio, y que demolió el admirable edificio divino y humano levantado por el culto en espíritu y verdad y por una secular civilización anclada en la *pietas*, lo desarboló por completo. No cejó en el combate, cierto, que centró en la denuncia (diríase que profética) de la adaptación al mundo de la *nueva* Iglesia y en la conservación de la liturgia tradicional, de la antigua disciplina y del magisterio político y social de la Iglesia. Su libro *El silencio de Dios*, editado por Prensa Española, a mediados de los sesenta, con prólogo de su amigo Gustve Thibon, otro espíritu fino y doliente, es una pequeña obra maestra que registra la inflexión epocal. Con Leopoldo Eulogio Palacios fue también, en consecuencia, uno de los pocos intelectuales de prestigio que defendieron, aunque no sin discernimientos, la actitud numantina del arzobispo francés Marcel Lefebvre.

Sin que obstara a ello la nitidez de su signo intelectual, fue colaborador de muchos y variados proyectos académicos, y así, en los cuarenta y primeros de los cincuenta, su pluma fue frecuente en *Arbor*, *Ateneo* o la *Biblioteca del Pensamiento Actual* de Florentino Pérez Embid. Luego, a partir de los sesenta, *Verbo* fue su principal hogar, junto con los Vallet de Goytisolo, Vegas Latapie, Elías de Tejada o Álvaro d'Ors. Pero también toda suerte de pequeños boletines, a menudo panfletarios, se beneficiaron de sus contribuciones, de tono frecuentemente irónico y punzante y ejemplares en su brevedad.

Hay unos versos de Lope que siempre he visto encarnados en la estampa del querido e inolvidable maestro: «Que es la caballería / dulce cansancio envuelto en cortesía». El fulgor de su pensamiento, la pulcritud de su estilo, el señorío de su trato y la lealtad de su vida evocan un mundo que ya no existe. Hoy muere un poco más con la muerte de Rafael Gamba.

MIGUEL AYUSO

III

RAFAEL GAMBRA Y LAS «JUVENTUDES TRADICIONALISTAS». NUESTRA DEUDA Y GRATITUD CON UN GRAN MAESTRO

No es osado afirmar que las «Juventudes Tradicionalistas» renacieron bajo la égida doctrinal de Rafael Gamba Ciudad. Porque Rafael Gamba no formó ningún cuerpo de doctrina nuevo, pero sí supo actualizar y responder de manera coherente, valiente y honrada a los grandes retos de la doctrina carlista en los tiempos actuales, dominados por el nihilismo más descarnado.

Maestro por sus enseñanzas claras y brillantes y por su ejemplo de lealtad ininterrumpida, renunciando a todas las alabanzas de este mundo. Sus artículos en *Siempre p' adelante*, *Tradición Católica*, *Verbo* y cuantas valientes revistas los publicaban eran de inmensa claridad doctrinal, no exenta en muchas ocasiones de sana sátira. Porque cuando Rafael Gamba hablaba o escribía también enseñaba, y de ese magisterio escrito y hablado siempre nos hemos beneficiado, tanto en sus múltiples libros (que felizmente están siendo reeditados, especialmente por la labor de nuestros amigos argentinos de Ediciones *Nueva Hispanidad*), como con nuestras múltiples visitas en su propio domicilio, que pese al número de las mismas jamás le hicieron mostrar molestia o disgusto, y eran para nosotros ocasión de aprender.

Dos hitos en los últimos años marcaron la influencia del magisterio de Rafael Gamba en las «Juventudes Tradicionalistas». Primero el merecido homenaje tributado por sus amigos y correligionarios y coordinado por Miguel Ayuso en 1998, coincidiendo con el quincuagésimo quinto aniversario de su docencia (recordamos el emotivo fax de adhesión que le dirigió Don Sixto Enrique de Borbón) y en el cual se puede decir que se gestó lo que poco después sería la reorganización de las Juventudes Tradicionalistas. Después la reedición, nunca bien pagada, por la sacrificada labor de Criterio Libros y el empeño personal de su director, de *El Silencio de Dios*, sin duda la más acertada reflexión en torno a la crisis de la Iglesia Católica, la sociedad y la postmodernidad.

Nosotros quisimos unirnos a esta labor reivindicativa de las enseñanzas de Rafael Gamba y en el acto de presentación de las Juventudes en Barcelona invitamos a una de sus nietas a ofrecernos una síntesis apretada del pensamiento de su abuelo, que suscitó la unánime enhorabuena de los más de doscientos asistentes que llenaban el local gracias al buen hacer de los correligionarios catalanes.

No faltó a su deber aceptando el nombramiento del día diecisiete de julio del año 2001 por parte de S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón para la jefatura de su Secretaría Política, que para el propio Don Sixto era una auténtica Jefatura Delegada. A su alrededor nos congregó para reconstruir la Comunidad Tradicionalista y para instar a los sobrinos del Abanderado a aceptar los principios de la Causa. En esta labor luchó con gran tesón hasta el fin de sus días, con el ímpetu de sus días de combatiente en la Cruzada, como nos dijo en carta dirigida a más de quinientos significados carlistas el día uno de abril de del año 2002.

Con la claridad que le caracterizaba, en su última intervención pública durante el acto carlista del Cerro de los Ángeles del año 2002 en una larga y muy meditada disertación expuso de modo irrefutable las razones y los hechos por los cuales se ha de rodear a Don Sixto de la lealtad carlista. Su discurso fue largamente ovacionado, aunque también tristemente ignorado por algunos.

No le faltaba nunca aliento para las Juventudes Tradicionalistas. Y nos honró con su última colaboración escrita en un artículo para nuestra revista *La Santa Causa*, sobre el Carlismo y el origen del poder. Nunca nos faltaba tras la publicación de cada número la carta de Rafael Gamba de su puño y letra —apenas vacilante en sus últimas misivas— alentándonos y felicitándonos y sugiriendo temas y directrices. La última de ellas, sellada el día 8 de octubre concluía diciendo: «Seguid así, que lo bueno triunfará y prevalecerá». Eran las sabias palabras de un gran carlista, maestro de la Tradición al que no faltará sitio en el Reino de Dios y con cuyo trato y magisterio tanto nos hemos lucrado.

«Porque yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He competido en la noble competición, he llegado a la meta en la carrera, he conservado la fe. Y desde ahora me aguarda la corona de la justicia que aquel día me entregará el Señor, el justo Juez; y no solamente a mí, sino también a todos los que hayan esperado con amor su Manifestación» (2 Tim 4, 6-8).

VÍCTOR IBÁÑEZ

IV

RAFAEL GAMBRA Y EL SENTIDO DEL TIEMPO

Como para todos los aquí presentes, Rafael Gamba ha sido para mí un maestro y un amigo. Y resulta difícil encontrar un equilibrio entre lo que uno quisiera decir para exteriorizar sus sentimientos personales hacia el amigo, y lo que uno quisiera decir para transmitir y proclamar lo aprendido del maestro.

Tal vez resulte chocante que yo encuentre hoy ese punto de equilibrio entre lo personal subjetivo que uno quiere exteriorizar y lo doctrinal objetivo que uno quiere transmitir... en una serie de televisión.

Y sin embargo lo hago porque, en mi recuerdo personal, se produjeron simultáneamente tres fenómenos, y los guardo con ese especial cariño que corresponde a las evocaciones de la primera juventud.

Uno, mi conocimiento personal de Rafael Gamba, de su sencillez, de su exquisita cortesía, de su amabilidad y su afecto.

Dos, el deslumbramiento ante su obra. Y digo deslumbramiento porque sus páginas eran (y siguen siendo) verdadera luz sobre las cuestiones más importantes de la vida.

Y tres, que justo al tiempo en que iba devorando, estudiando, subrayando y meditando por primera vez cuantos libros de Rafael Gamba caían en mis manos, me pareció ver plasmados aquellos principios y aquella doctrina en una serie televisiva norteamericana que a la sazón emitía Televisión Española. Hablo de los primeros meses de 1981, y confío en que algunos de ustedes, aunque hayan pasado 23 años, la recuerden todavía.